

del alma, y con el curso de los días, no mejorando la situación, volvíase convicción firme y decidida. En el espíritu de ambos hermanos se urdía la misma negra trama que en torno del lecho de un enfermo de enfermedad mortal. Al principio no la juzgaron tal ni el paciente ni el enfermero; pero los sustos de cada semana, lo que está escrito en el rostro de los amigos, lo que dejan traslucir las reticencias de los médicos, lo que acude á la memoria meditando en horas sombrías y rumiando durante el insomnio; todo lo que alarma, todo lo que disipa la ignorancia, todo lo que en la silenciosa cámara susurra: «¡Muerte, muerte!» todo, todo en fin, va transformando poco á poco, mediante lenta serie de crueles adquisiciones y sugerencias que abaten el alma, la vaga y pasajera inquietud del primer instante, en certidumbre absoluta de que el uno va á expirar y el otro á presentarlo.



## LXXXII

Yacía Nelo tendido sobre la cama, muy estirado, con una manta oscura sobre las rígidas piernas, y no contestaba á lo que le decía su hermano, sentado allí cerquita.

—Eres muy muchacho, estás empezando á vivir...—murmuraba Juan.—Te repondrás, criatura... Todo será pasarse un año ó dos sin ejercer... Nos armaremos de paciencia... Así y todo, tenemos por delante una ración regular de años de trabajo...

Nelo seguía mudo.

La noche, que blandamente iba apoderándose del moribundo día, borraba y confundía objetos y muebles del cuarto de los

hermanos, y entre las tinieblas de la hora melancólica, no se distinguían sino pálidas manchas, los dos rostros, las manos del menor cruzadas sobre la manta, y en un rincón su plateado traje de payaso colgado de una percha.

Levantóse Juan con ánimo de encender la bujía.

—Deja, espérate, estaremos así un poco— suplicó Nelo.

Volvió á sentarse Juan cabe su hermano, y reanudó la conversación, queriendo sacarle á Nelo una palabra de esperanza para lo futuro, aunque fuese un futuro muy remoto.

—No—interrumpióle Nelo de repente.— Lo que es trabajar, ya sé que no he de volver á trabajar nunca... nunca, ¿me entiendes? nunca...—Y el desesperado *nunca* que repetía el menor ascendía en tono cada vez más irritado, especie de crisis de cólera sorda. Hirióse al fin los muslos, y con dolorosa amargura de artista que tiene conciencia de haber enterrado vivo su talento, exclamó el mancebo infeliz:

—¡Te digo que á estas patas se las llevó el demonio para el oficio!

Volvióse de cara á la pared como intentando dormir, ó impedir que su hermano siguiese hablando. Mas en breve se exhaló de su cuerpo vuelto y de la faz pegada al muro una voz, donde luchaba una voluntad varonil contra la filtración de femeniles sollozos.

—¡Qué entrada aquel día! ¿Te acuerdas? ¡El Circo de bote en bote... y todas las miradas fijas en nosotros! ¡Y la emoción que uno sentía aquí... y que la comunicaba á los demás! Y fuera; ¡qué cola de gente! En los anuncios, nuestro nombre en letras de á cuarta... Juan, lo que me decías tú siendo pequeñito... Un ejercicio nuevo, de nuestra invención... Pensabas tú que yo no me hacía cargo... ¡Vaya si me lo hacía...! Y esperaba lo mismito que esperabas... Te embromaba para hacerte rabiarse, pero la procesión andaba por dentro... ¡Y ya, cuando lo tenía uno conseguido... que nada, que para mí se acabó... adiós aplausos!

Volvióse entonces bruscamente, y tomando las manos de su hermano, dijole con cariñosa entonación:

—Me complaceré en los tuyos... Ya lo sabes... Del mal el menos.

Y Nelo no soltaba las manos de Juan, y las oprimía, como si quisiese hacerle una confianza que no acertaba á salir de su boca. Al fin suspiró:

—Sólo una cosa te pido, hermano... Pero me la vas á prometer... Que trabajarás solito... ¡Otro contigo... me dolería tanto! Me lo juras, ¿eh? ¡Nunca... nunca con otro!

—Yo—dijo sencillamente Juan—si no curas del todo, no trabajaré ni solo ni acompañado.

—No te pido tanto, no—exclamó el menor con un movimiento de alegría que desmintió sus palabras.



## LXXXIII

Desde aquella tarde, al hablar de los objetos y ejercicios de su profesión, ya sea conversando con su hermano ó con los compañeros que solían venir á verle, Nelo no volvió á servirse del tiempo presente del verbo. Jamás volvió á decir, por ejemplo: «Esto lo hago así... Realizo la habilidad del modo siguiente... Preparo la maquinilla de esta manera...» Sino que decía: «*Esto lo hacía así... La habilidad la realizaba del modo siguiente... Preparaba la maquinilla de esta manera...*» Y el cruel pretérito, repetido á cada frase, parecía en su boca frío reconocimiento de su muerte como payaso, su esquela de defunción artística, digámoslo así.



LXXXIV

A medida que se deslizaba el tiempo sin que llegase ni el día en que á Nelo le fuese posible prescindir de las muletas, notábanse en el hermano menor distracciones, ensimismamientos, abstracciones mudas, y en su dulce rostro, que ya no sabía sonreír, asomaba un no sé qué tan doloroso, que no cabe explicarlo. Cuando su hermano le dirigía la palabra, Nelo, sumergido y sepultado en sus propios pensamientos, respondía con un *¿eh?* semejante al que pronuncia el hombre á quien despiertan en mitad de una pesadilla. Casi nunca le sucedía

responder directamente á las preguntas de Juan.

—¿Por qué estás hoy tan abatido?—solía preguntarle el hermano mayor.

—Léeme un poco en Arcángelo Tuccaro,—articulaba el menor después de algunos instantes de silencio.

Y el mayor tomaba el libro; pero bien pronto cesaba de leer, advirtiéndole que Nelo no se enteraba siquiera, que se hallaba sumido en tal tristeza y dominado por tan negros pensamientos, que Juan sentía la fuerza del contagio y tenía ganas de llorar, sin atreverse á preguntar cosa alguna. En los días que enteros pasaba al lado de su hermano, ocurrió casualmente que Juan se apartó un rato de Nelo, y por la abierta ventana de su habitación oyó éste, durante un cuarto de hora ó media hora, el retintín de las anillas del trapecio en torno al cual giraba Juan.

Cuando éste regresó, encontró en su hermano algo de extraño y como una manía de contradecir y de alterarse por lo más leve. Y una tarde que Juan dejó el trapecio lanzado á todo su impulso y que el retintín tardaba en extinguirse en el gimnasio, des-

pués de volverse dos ó tres veces con impaciencia sobre su lecho, Nelo dijo repentinamente á Juan:

—¡Páralo!... ¡Qué ruido tan cargante! No lo sufro.

Comprendió Juan, y desde aquel día abandonó por completo sus ejercicios.





LXXXV

Momentos había en que la tristeza parecía atacar hasta las cualidades del amante corazón de Nelo, y en que Juan creyó no encontrar en su hermano el afecto de los pasados tiempos, de las épocas de intimidad y ventura. Aquel cariño, aquel cariño que era la mejor porción de su dicha terrestre, aquel cariño se mudaba, se alteraba, disminuía.

—Comprendo que no me quiere como antes, no,—pensaba Juan; y á pesar de cuantas reflexiones hacía para conformarse, la

conciencia de que el estado moral de su caro inválido le robaba afectos que jamás pensó perder, le causaba pesadumbre colérica y amarga, que le imponía la necesidad de agitarse y moverse, para entretenerla.



## LXXXVI

Nelo se despertó cierta noche.

Por la puerta que comunicaba las dos habitaciones, y que permanecía abierta siempre, de modo que el hermano que no dormía podía escuchar respirar al otro, ningún rumor sintió pasar Nelo.

Sentóse en la cama y prestó oído. Nada, nada. En el cuarto de su hermano sólo resonaba el ruido de la vieja cebolla de su padre, que carraspeaba á fuer de reloj antiguo.

Preso de uno de esos temores irracionales, fruto de la hora nocturna y el repentino despertar, llamó á Juan una y dos veces. Nadie le contestó.

Saltó de la cama Nelo, y sin tomar sus muletas, cogiéndose á los muebles, andando como pudo, llegóse á la cama de su hermano. Hallábase vacía, y las mantas amontonadas y revueltas decían á las claras que Juan se había levantado después de creer dormido á Nelo.

—¡Cosa rara!—pensó éste.

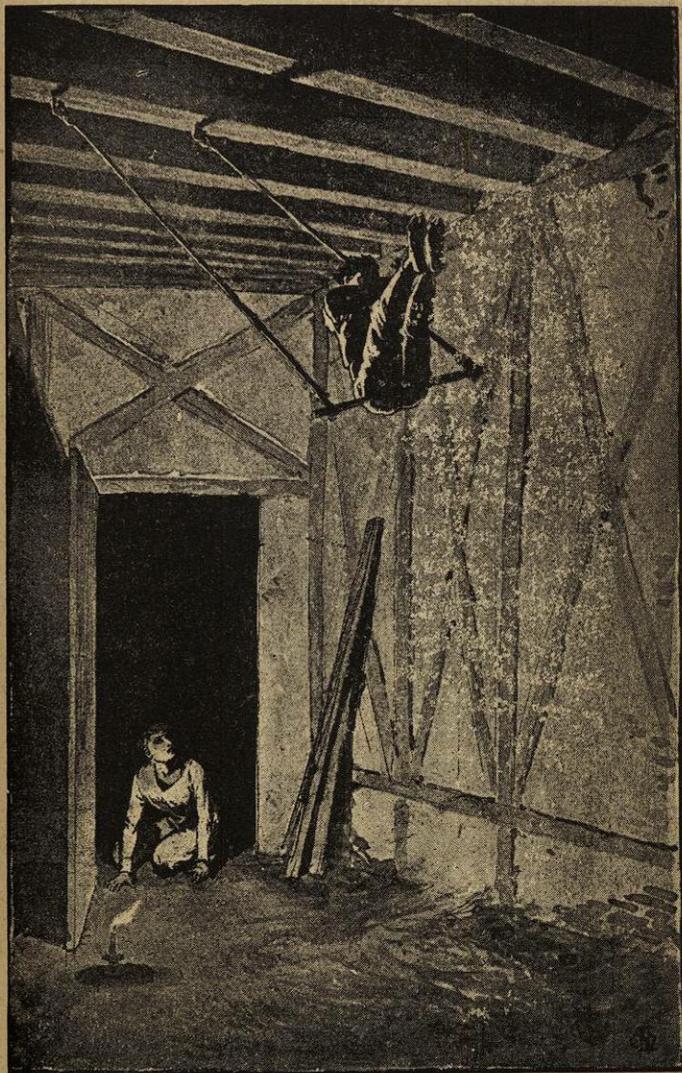
Su hermano, que no le ocultaba lo más mínimo... ¿por qué habría salido así, de tapadillo y haciendo misterio? Cruzó por su cerebro una idea, y dirigiéndose hacia la ventana, escrutaron sus pupilas las tinieblas del antiguo taller de carpintería.

—¡Poco alumbra... pero allí hay luz, es evidente!

Bajó la escalera y cruzó el patio, arrastrándose sobre palmas y rodillas.

Estaba la puerta entreabierta; á la luz de un cabo de vela, puesto en el suelo, se ejercitaba en el trapecio Juan.

Nelo entró tan despacito, que el gimnasta no advirtió su presencia. Arrodillado, el



APR. 1925 MONTERREY, MEXICO  
 "ALFONSO GONZALEZ"  
 BIBLIOTECA  
 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

hermano menor veía al mayor volar por los aires, con la agilidad furiosa propia de un cuerpo que rebosa vigor y unos intactos miembros. Mirábale, y al verle tan suelto, tan diestro y fuerte, comprendía que le era imposible renunciar á los ejercicios acrobáticos, y esta idea trajo á los labios de Nelo desgarrador sollozo.

Sorprendido el mayor en mitad de su vertiginoso giro por este sollozo, dejóse caer sentado sobre el trapecio; adelantó la cabeza para distinguir la masa informe y dolorida que se arrastraba entre las tinieblas; con violenta sacudida arrancó el trapecio, que lanzó al través de los cristales de la ventana, haciéndolos saltar en pedazos; corrió á su hermano, y lo alzó, estrechándolo contra su pecho.

Y los dos, así abrazados, rompieron á llorar, y lloraron buena pieza sin pronunciar palabra.

Por último, consagró el mayor la postrera ojeada á los chirimbolos de su profesión, despidiéndose de ellos con abnegación suprema; hecho lo cual, exclamó en voz alta:

—¡Un beso, chiquillo!... ¡Aquí yacen los

hermanos Zemganno!... Nuestro porvenir es rascar el violín... y lo rascaremos muy sentados en sillas.



FIN

N  
G635.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

